

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

37

ENERO-MARZO
1950

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

LIC. LUIS GARRIDO

Secretario General:

LIC. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$7.00
Exterior dls.	2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs. —
José Gaos <i>El ser y el tiempo de Martín Heidegger</i>	9
Eduardo García Máynez <i>Los principios jurídicos de contradicción y de tercero excluido</i>	47
Juan David García Bacca <i>La importancia de ser filósofo</i>	63
Felipe Pardinás Illanes <i>Dilthey y Collingwood</i>	87
Rafael Moreno <i>Alzate y la filosofía de la ilustración</i>	107
Agustín Yáñez <i>La gestión educativa de Justo Sierra</i>	131
Manuel Alcalá <i>Virgilio en las odas latinas de Garcilaso</i>	157
Vicente Gaos <i>Una interpretación de España. "España en su historia", de Américo Castro</i>	165

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

	Págs.
Juan David García Bacca	<i>Histoire de la philosophie.</i> (Albert Rivaud.) 177
Bernabé Navarro	<i>La Edad Media.</i> (José Luis Romero.) 179
Emilio Uranga	<i>Theologic obne Gott.</i> (Egon Vietta.) 182
Xavier Tavera Alfaro	<i>Periodismo político.</i> (Justo Sierra.) 185
Francisco López Cámara	<i>El existencialismo.</i> (Norberto Bobbio.) 187
Olga Prjevalinsky Ferrer	<i>Cervantes in Russia.</i> (Lumidla Bukétov Turkévich.) 191
Raúl Cardiel Reyes	<i>Idea de la Naturaleza.</i> (R. G. Collingwood.) 193
J. H. Luna	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras. 203
Rafael Heliodoro Valle	Notas y noticias de América 213
Publicaciones recibidas 239
Registro de revistas 241

UNA INTERPRETACION DE ESPAÑA: ESPAÑA EN SU HISTORIA, DE AMERICO CASTRO

Cuando Américo Castro publicó su libro *La peculiaridad lingüística rioplatense*, escribió Amado Alonso:¹ “En los últimos años Américo Castro ha ido dando a su pensamiento de historiador un vuelo de altura. Le interesa desde luego la averiguación de los hechos particulares, pero solamente como una labor previa para su inscripción ilustrativa en las largas líneas de la historia, o, como él mismo dice, para buscarles el sentido ‘mediante su articulación con el total complejo de la vida hispánica’. Su concepción de la historia cultural le empuja a relacionar hechos de muy diversos aspectos de la vida colectiva, buscándoles la raíz común, reduciéndolos a un común denominador cuando son de una misma época y descubriendo lo duradero en lo transitorio y accidental cuando son de épocas diferentes.”

Con mayor razón podríamos hablar así de Américo Castro, después de la publicación de su última obra, *España en su historia*.²

No necesitaba su autor decirnos: “después de haber cultivado la ‘erudición’ durante muchos años, declaro que ahora me preocupa escasamente” (p. 410). De sobra muestra *España en su historia*, qué tipo de investigación le interesa: “La historia de España necesita mucho menos investigación de archivos de lo que se dice, pero sí está muy necesitada de que nos fijemos en lo ya sabido para que no quede ahí muerto y desintegrado de la vida” (p. 516). Hay un “desequilibrio entre lo que ‘sabemos’ y lo que ‘entendemos’,” afirma en otro lugar (p. 25). Así, aunque esta obra descanse sobre una acumulación de materiales tal como únicamente podía haberlos reunido un conocedor del pasado español como Américo Castro,

1 “Revista de Filosofía Hispánica”. Año iv, núm. 4, 1942 (p. 388).

2 Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1948.

lo importante en ella —como en toda obra verdaderamente científica— es la elaboración de estos materiales, su articulación en un sistema de ideas. *España en su historia* es, ante todo, eso: un sistema. Y todo sistema vale como un conjunto homogéneo, no como una agregación mecánica de detalles, de hechos. Sistema es calidad, no cantidad. Podemos, pues, decir desde ahora, anticipándonos a las discrepancias que el libro pueda suscitar, que esta obra no admite, literalmente, el menor reparo. Se podrá o no estar conforme con este punto o el de más allá, pero aun suponiendo que quepa hacer rectificaciones de detalles (y sin duda cabe hacerlas), la obra no saldrá mermada lo más mínimo por ello. Debemos aceptarla o rechazarla en bloque, en términos absolutos. Más, si se rechaza, lo pertinente será no aducir algunas aisladas pruebas en contra, que nada significarían, sino oponer al sistema presentado, otro. Lo que ningún lector podrá poner en duda, sea cual sea en definitiva su juicio, es que ésta es una obra de hiriente originalidad, que lleva el sello ostensible de su origen paterno y es como la hermana mayor de aquella otra, *El pensamiento de Cervantes*, que en su día levantó una buena polvareda de discusiones. Por temperamento, Américo Castro propende a expresarse en términos incisivos y tajantes. Reunidas así en sus trabajos la novedad y la agresividad de la frase, no ha de extrañar que surjan las discrepancias. Son pocas las novedades que se abren paso sin encontrar obstáculos al principio. Y si la novedad, como en este caso, roza el nervio vital mismo de nuestro pasado, que en general es más para el español motivo de orgullo que de estudio, difícilmente podrá ser aceptada sin una primera sacudida brusca, sin un respingo espontáneo de protesta.³

Sería absurdo pensar que sobre tema de tamaño alcance, nada menos que la historia de España, quepa originalidad porque sí, por las buenas, como mero resultado del talento o el ingenio del historiador. Aunque más de una conclusión de Américo Castro pueda resultar paradójica o sorprendente, *España en su historia* es cualquier cosa, menos un libro paradójico o ingenioso. No ha pretendido su autor sorprendernos con sutilezas ni genialidades de ninguna especie. Si su investigación ha rendido provechoso fruto, no ha sido por otra cosa que por la aplicación de un

3 "*España invertebrada*, como todo libro que roza problemas medulares, ha desencadenado muy vivas reacciones", comenta Américo Castro, refiriéndose a Ortega, y como previendo la suerte de su propia obra (p. 43).

método histórico más correcto que los que se utilizan en las historias al uso. Pertrechado de instrumentos más adecuados para calar en la historia, ésta ha sido conminada a revelar su secreto. Este método, naturalmente, no es invención de Américo Castro.⁴ Pero sí es mérito suyo el haber sabido aplicarlo con pulcritud al entendimiento de nuestra historia, tan falta de una interpretación sistemática. Que el autor considera que su trabajo es el resultado de haber utilizado un procedimiento historiográfico apurando sus consecuencias, lo muestra la insistencia con que, a lo largo de sus páginas, hace referencia a la cuestión metódica. Esta cuestión aparece abordada en un prólogo de sustanciosa doctrina. Pero, ya en el mismo título —y en la cita de Unamuno que encabeza el libro— está patente la posición del autor. Si la obra se llama *España en su historia*, y no *Historia de España*, no es, naturalmente, porque la investigación se presente sólo como un “modesto e incipiente ensayo de intelección”, ni porque se reduzca a abarcar la Edad Media. Es porque no hay propiamente España por un lado, e historia, por el otro: España es su historia; España no es una entidad espectral y abstracta a la que hayan acontecido tales o cuales hechos históricos, sino que lo que se llama España es, exactamente, la historia de España: “Un pueblo (Castilla o Cataluña) es idéntico a lo que ha hecho y a lo que le ha acontecido, y no es él y además su historia; no es una ‘sustancia’ adjetivada por los acontecimientos” (p. 80). “. . . hay quienes piensan que un fenómeno es la decadencia de una época, y otro lo que en ella acontece” (p. 94).

“No hace el plan a la vida, sino que ésta se lo traza a sí misma, viviendo”, dice la aludida cita de Unamuno. La historia lo es de una vida, de una forma de vida. Y el que dice vida, dice acción: el hombre no es “como un poste inerte por el cual pasaran los hilos del telégrafo de la historia”, sino un ser que inyecta “su propia energía en la línea a la cual sirve de sostén”. A esta energía, Américo Castro la llama, calcando la expresión de Spinoza, “*spiritus spiritiuans*”. La historia sería el resultado del entrelace de éste y del “*spiritus spiritiuatus*” (pp. 308-9). La historia es vida.

4 “Cada forma humana de vida requiere acercarse a ella con los instrumentos adecuados. Este mismo libro —un modesto e incipiente ensayo de intelección de la historia hispánica— habría sido imposible sin la filosofía del tiempo actual. Si interrogamos a España tomando puntos de vista meramente racionales o positivistas, no conseguimos casi nada, porque no son ésas las herramientas que demanda tan singular ingeniería” (p. 314).

Y la historiografía es biografía: "Para hacerse inteligible, la historia habrá de dividirse en unidades biografiables" (p. 10). Hay que poner los hechos, que en sí mismos no son historia, sino sólo "síntomas" de ella, en relación con las vidas en que tuvieron lugar, so pena de contentarnos con meras abstracciones, que no otra cosa vienen a ser los pomposos rótulos —"Edad Media", "Renacimiento", "cultura occidental"— con que pretendemos definir lo histórico.⁵

Por otra parte, no puede construirse ninguna historia a base de negaciones, de ausencia: *España no tuvo Renacimiento, no ha creado ciencia...* El vacío no es historiografiable. Si España careció de esto, sería porque, en cambio, tuvo otras cosas. No hay historia que pueda consistir en una oquedad; lo que ocurre es que los contenidos son, en cada caso, distintos. Las ideas de "Renacimiento" o "ciencia europea" son simples generalidades lógicas que sirven de poco, cuando tratan, por ejemplo, de aplicarse al caso concreto de España. Toda historia es una "realización de valores", a los que hay que empezar por decir "sí". Pero estos valores no son plenamente inteligibles, si son pensados en términos de lógica abstracta, de razón racional.⁶ No cabe deducir la historia de unos postulados lógicos, de unos conceptos, ni se puede fijar con éstos un curso vital, un fenómeno que se da en el tiempo. Para penetrar en el sentido de una historia, de una forma de vida —"forma", no "materia" historia es la existencia de un pueblo—, se requiere un pensamiento psicológico-existencial. Para entender la historia, más que pensarla, hay en cierto modo que afanarse en revivirla: "La existencia de un suceso humano, Santiago o el que sea, no consiste en elementos que el historiador separa con sus métodos de disección, porque lo que entonces, en efecto, resulta es disección, o sea trabajo sobre un cadáver. Hay que empezar no llamando leyenda a la creencia en Santiago; el término leyenda es simplemente el epitafio inscrito sobre lo que era creencia, la cual sólo es inteligible si la intuimos

5 "...lo esencial no son las edades, sino la gente que vive en cada momento, según puede y le es dable" (p. 176).

6 "No intentamos ahora buscar el porqué de la objetividad castellana, sino más bien el 'como', el modo de la historia, cuyas causas son inseparables del proceso mismo del existir" (p. 295). "El racionalismo ha venido caracterizando la historia más docta desde el siglo xvii, y cuesta, esfuerzo escapar a sus garras. Más hay que intentarlo por el sencillo motivo de ser imposible medir un fenómeno existencial con razón 'racionalista'" (p. 125).

mientras todavía goza de realidad y sentido humanos. La historia de Santiago de Compostela consistiría en revivir lo que las gentes han hecho con él desde que apareció como creencia hasta que se convierte en leyenda, en tema de análisis racional, en esqueleto de historia" (p. 128).

Pertrechado, así, de un riguroso y adecuado método,⁷ Américo Castro pone mano a la obra de entender a España, y habiendo partido de un supuesto (cosa perfectamente científica, pues no cabe partir de la nada), se encuentra, al final de sus meditaciones, con su confirmación, y concluye que la historia hispánica consistió en un "vivir desviviéndose". Esta forma de existencia, única en Europa, obliga a admitir también la singularidad de los factores que la produjeron. Uno de ellos fué la prolongada estancia del musulmán en Hispania. ¿Cómo no se ha prestado más atención a un hecho de esta trascendencia? Los musulmanes permanecen en tierra española ocho siglos. ¿Es imaginable acaso que esta larga permanencia no dejara bien señalada su huella? Celosos de la tradición "latina" (algo de una vaguedad notoria), pensaron muchos que entre dos pueblos tan diferentes como el español y el árabe, cuando este último entró en España, no era posible llegar a un canje profundo de influencias, del mismo modo que, en lo esencial, la lengua española permaneció incontaminada de árabe. Y a la vez, y de acuerdo con un punto de vista histórico inadmisiblemente que consiste en considerar determinadas situaciones, las guerras, por ejemplo, como *anormales*, se juzgó a la "Reconquista" como una especie de largo paréntesis en la verdadera historia de España, como una "anormalidad" que, por unos siglos (!) paralizó el genuino curso de nuestra historia. Pero, en primer lugar, la historia no se paraliza, es un fluir ininterrumpido. Es inconcebible además llamar "Reconquista" a algo que dura ocho siglos, como dijo con razón Ortega. Máxime cuando basta acercarnos a aquellos siglos, para ver en seguida que, durante tan largo tiempo, España, lejos de estar rigurosamente escindida en un mundo cristiano y un mundo árabe, fué un amplio campo de convivencia y de mutuas relaciones de todo tipo. Finalmente, el español de la época

7 En mis líneas anteriores, me he limitado a dar una idea, muy a grandes rasgos, de este método. Es lástima que en el "índice de temas", bastante pobre, no figure ninguna referencia a pasajes que tratan de la cuestión metódica. El lector a quien interese el asunto, podrá encontrarlos, sobre todo, en las siguientes páginas: 23, 39, 41, 44, 48, 49 y 50, 80, 94, 125, 127, 136, 138, 157, 175 y 176, 193, 233, 273, 295, 308 y 309, 314, 328, 330, 332 y 333, 410, 516, 572, 576, 614. También echo de menos

visigótica, no era aún el español. Su genio empezó a formarse precisamente a raíz de la invasión musulmana, y en vista de ella.⁸

Los que pretenden negar la intensidad de la "influencia" árabe, parten del error de suponer que una "influencia" ha de interpretarse únicamente como imitación. Pero, una forma no menos normal de sentir una influencia, es intentar rechazarla. La presencia de los árabes en la Península creó una "situación", diseñó el horizonte vital, a los que los hispano-cristianos no podían escapar. Ahora bien, éste fué, naturalmente, el primer impulso que los españoles sintieron. Conminados por la situación que la presencia de los invasores creaba, su vida tuvo que discurrir por el único cauce posible. España, y ante todo Castilla, que fué su núcleo germinal, se vió ante el dilema de adaptarse o morir. Porque, en efecto, al afirmar que el cristianismo se islamizó, no se pretende hablar tanto de un "adoptar" cosas, como de un "adaptarse". Ante el convexo avance del árabe, el cristiano hubo de moldear su existencia plegándose cóncavamente, para llevar de por vida en el alma el troquel en que le fué forzoso forjarse. Como las líneas avanzadas de Castilla fueron trazando sobre el mapa de la España cristiana sus sucesivas líneas geográficas, así, paralelamente, el alma española fué adquiriendo una conformación espiritual semejante. El hispano-cristiano puso su máximo empeño en no ser árabe, y aun en ser no árabe. Y éste fué el modo en que el Islam dejó sentir su hondo influjo.

La dicho del musulmán vale también, a su modo, para el judío, que vivió enquistado en Hispania, determinando hasta cierto grado, con su especial situación, ciertos rasgos indelebles de nuestra historia.

El español empeñado en sentirse heredero de Roma en todo, y miembro de la comunidad occidental, no podrá menos de sentirse profunda-

en el aludido "índice", las debidas referencias a una cuestión de teoría estética, sobre la que el autor insiste en su obra: la de la relación entre fondo y forma en la obra literaria; un problema que todavía no todo el mundo ve claro. Ver principalmente sobre este punto, las páginas 289, 306 y 314.

8 Así, lejos de ser esta época una edad "anormal", o una "Edad Media", es precisamente el período primordial en la historia española, aquel en que el genio hispánico se forja y adquiere los rasgos que habrán de ser seculares. "Edad Inicial", y no Media, rectifica Américo Castro con toda razón. "La historia peninsular se forjó entre los siglos VIII y XII" (p. 82).

mente molesto al leer *España en su historia*, y ver la impresionante lista de rasgos, hechos, caracteres, que denotan el sello musulmán o judío. Nada escapa a esta impronta; lo que el ibero tiene por más genuino e irreductible a nada que no sea de pura solera hispánica, resulta que es impensable sin ascendencia hebrea o islámica: la fe en el Apóstol Santiago como la creación de las Ordenes Militares, la ascética como la mística, la novela pastoril como la picaresca, el sentimiento del honor como el concepto de "hidalgo", la creación de la Inquisición como el prurito nobiliario, el pensamiento intelectual como el arte barroco, el realismo e historicismo de la épica como el subjetivismo de la lírica; y Berceo, Alfonso el Sabio, el Arcipreste de Hita, Raimundo Lulio, Luis Vives, Lope, Fray Luis de León, Cervantes, Quevedo, Gracián, Velázquez, el Greco... No faltará quienes se pregunten: pero ¿qué queda entonces que sea español y sólo español? Pues, no queda nada, porque todo lo anterior es bien español, españolísimo. No se trata de ninguna influencia árabe o judía, superpuesta a lo español; menos se trata de "fuentes". Es que hay que insistir en que lo español consiste en la fusión de elementos hispano-cristianos, hispano-árabes e hispano-judíos. "Lo más original y universal del genio hispánico toma su origen en formas de vida fraguadas en los novecientos años de contextura cristiano-islámico-judaica" (p. 61). Y Américo Castro escribe con razón "hispano-árabes" e "hispano-judíos", porque los árabes y judíos de España eran tan españoles como los cristianos; y esto no es una suposición a posteriori del historiador. Fueron los mismos árabes y judíos quienes se sentían españoles y consideraban a España su patria.⁹

Claro está que el musulmán y el hebreo eran "españoles" a su modo, y que en la "contextura" cristiano-islámico-judaica se integraban elementos en última instancia inasimilables, irreductibles a una unidad natural. De aquí que el precipitado hispánico fuera tan singular y que el español, dividido y unido a la vez en "castas" de distinta procedencia, no pudiera descansar nunca en la seguridad de una vida estable y acusara este vivir en vilo, con la falta de serenidad, con el pesimismo que informan muchas

⁹ ¿Cómo no recordar las palabras del morisco Ricote —que naturalmente Américo Castro cita—: "... y agora conozco y experimento lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria"? (*Quijote*, II, LIV.)

manifestaciones de su historia y de su arte, y considerando siempre la propia existencia y la de su país como un desgarrador problema.

Aparte de hipótesis muy plausibles, como por dar un ejemplo la de la "seudomorfosis" de "hidalgo" y otras de tipo lingüístico, Américo Castro no ha extendido el influjo árabe o judío a campos nuevos, sino que lo que ha hecho es determinar el sentido de este influjo. Así, cuando inscribe la épica o la creación de las Ordenes Militares en la esfera de vida islámica, no es que pretenda negar los orígenes materiales europeos de ello. La épica española no es, como se pensó hasta que M. Pidal aclaró el problema, de origen árabe, sino europeo. Pero, sin embargo, es muy distinta de la épica francesa o germánica, y esta diferencia es la que hay que referir al influjo islámico.

Imposible dar cuenta en una reseña de la gran riqueza de puntos de vista como de datos que contiene *España en su historia*. Los magistrales capítulos consagrados a estudiar el problema de la creencia en Santiago, el anti-Mahoma de la Reconquista, o a los judíos, o al sentido del *Libro de Buen Amor*, ofrecerán a todo español consciente motivos de serias meditaciones. Este denso volumen de casi 700 páginas muy nutridas, puede haber sido escrito, y lo parece, al menos en parte, con cierta "prisa", con cierta vehemencia anímica, que se trasluce en algún descuido formal, pero, como dice su autor, no ha sido pensado "a humo de pajas". Conviene, por tanto, que quien se decida a manifestar su inconformidad, reflexione atentamente antes de hacerlo. Yo querría declarar ahora no sólo las enseñanzas con que su lectura me ha enriquecido, sino también la íntima alegría que me da estar ante un libro que, a la par que rigor científico, derrocha por todos sus poros un españolismo profundo. Obra en que se cala en toda su dimensión el "sentimiento trágico" de la vida española, pero en cuyas notas finales resuena un eco de prometedora esperanza. Al investigador que, henchido de ciencia europea, protestaba "enojado" y "algo frívolamente" (p. 613) contra aquella exclamación de Unamuno, "¡Que inventen ellos!", sucede el historiador actual, que pone al frente de su obra una cita del gran Miguel de Unamuno (ahora empieza a sentirse toda su grandeza), cuya labor no ha hecho Américo Castro sino continuar, aunque en otro plano, al "reducir a doctrina y mensaje, a evangelio hispánico, para ser oído por las gentes, la razón de la sinrazón hispánica" (p. 640).

*
* * *

No a título de reparo —repito que carecería de sentido hacerlo— sino, al contrario, como muestra de lectura atenta y, las más de las veces, como interogaciones de un lector que aspira a un suplemento de información, o a la aclaración de algún punto no bien entendido, el autor de *España en su historia* me permitirá que formule al pie de la anterior reseña las siguientes cuestiones:

Me parece acaso un poco exagerada, aunque en el fondo justa, la visión de una Francia perfectamente "racional" ya desde los siglos medios, y, sobre todo, el contraste con España, tal como lo establece el autor. Nuestros autores medievales también hablan frecuentemente de "razón", "razonamiento", "razonable", sin que quepa deducir de ello ningún "racionalismo".

A lo largo del siglo xiv (todavía en 1388) es constante la aparición de textos en los que se lamenta la pobreza de la tierra. Mas, ya desde la primera mitad del siglo xv, vemos, al contrario, continuas alabanzas de su fertilidad y "grosura". Siendo la labranza ocupación de los cristianos, y careciendo éstos de técnica, no se comprende bien tan brusco cambio en plazo tan breve. Y, en el caso de tratarse de tierras reconquistadas, anteriormente cultivadas por los árabes, la idea de asolamiento que asociamos a la de guerra, impide también ver con claridad el proceso, que tal vez convendría fuera más ampliamente explicado.

Que el cristiano se hiciera "renegado" es perfectamente explicable, dada la superior situación de los árabes. Están menos claros, en cambio, los motivos que éstos últimos podían tener para hacerse "tornadizos". He aquí otro punto, que me parece de gran interés, y que desearía atrajera la atención del autor.

Los motivos de querrela entre el Estado y la Iglesia han sido muy bien destacados. No lo han sido tanto, en cambio, los de comunidad de ideas entre ambas entidades. ¿Quiere decirse que ésta no existió nunca?

Aunque es cierto que al atribuirse los reyes franceses el poder de curar escrófulas, lo que hacían propiamente era secularizar el poder taumatúrgico, no deja de quedar insatisfecho el lector, viendo la reacción escéptica de los españoles ante este hecho, que no armoniza del todo con el "halo de trascendencia mística" con que los reyes de España aparecen rodeados.

Refiriéndose al tradicionalismo de los hábitos españoles, escribe el autor: "Como quiera que fuese, aún subsistían en la España oficial del siglo xix, y me imagino que en la de 1945, formas y ecos de la España iniciada en el siglo ix, caso único en la historia europea." Américo Castro ha imaginado bien: en la España actual se celebra una peregrinación oficial a Santiago todos los

años, en la cual tiene lugar la "ofrenda al Apóstol", hecha personalmente por Franco, o por alguno de sus ministros.

En la página 271, escribe el autor: "La gran tragedia del ser humano . . . radica en la fatal opción entre tener que negarse a la totalidad de uno mismo y deshumanizarse, o tener que renunciar a la solución de los problemas que la vida depara al pensamiento del hombre . . . El español ha vivido indeciso entre ambos rumbos, prefiriendo resueltamente el primero, y con la angustia de caminar sólo lentamente por el segundo." Si el español prefirió resueltamente "deshumanizarse", ¿dónde queda su "integralismo", su "vitalismo"? Tal vez la frase no ha quedado clara, o, al menos, yo no la he entendido a derechas.

En la pág. 378, leo: "Es bien sabido que el pueblo español, y especialmente el castellano, se caracteriza por su sobriedad en materia de bebidas alcohólicas". Esto no es del todo cierto, a pesar de la restricción "especialmente el castellano". Desde luego, los andaluces, los asturianos o los vascos beben como el pueblo que más beba. Como es natural, cuando un país es muy rico en la producción de algo, es también un gran consumidor del producto. Un azar me hace leer al tiempo que escribo esta reseña: Polycronio.—Hauéis oído dezir con qué cosa comida primero, sepa luego muy bien el agua? .—Philateres .— Todos saben que las bellotas son la mengía del agua: y Plinio dice que en España se solían servir a la mesa por fruta de postre; y como aquella fruta postrera se ordene para beuer otra vez, y los Españoles nunca pecaron de aguados, esme creíble que también dan sabor al vino". (*Agricultura christiana*, Diálogo III, xvi; apud Rodríguez Marín, edición crítica del *Quijote*, de 1927, p. 326, tomo I). Recordemos, a propósito, que Cervantes nos pinta a Sancho, como hombre aficionado a los tragos.

Al hablar del tema de la "belleza irradiante" (ver págs. 399 y ss.), me hubiera gustado que el autor citase, por conocidos que sean, los versos de San Juan: . . . "y yéndolos mirando, /con sola su figura/ vestidos los dejó de su hermosura . . .", si, como supongo, tienen relación con el tema.

La respuesta, tan arrogante, del judío Francisco de Cáceres, que hacia 1500 compareció ante la Inquisición, "en cuyas garras hubo de caer", merecería, a mi juicio, un comentario, que hiciera ver claro cómo era posible constatar en tales términos ante el Santo Oficio.

Es curiosa la semejanza entre los pasajes del *Tratado de moralidad y regimiento de vida* de Maimónides, traducido en 1662, y el capítulo del *Quijote* (II, XLVII) en que el doctor Pedro Recio de Agüero de Tirteafuera expone su doctrina médica en materia de alimentación:

Algunas cosas hay que son notablemente nocivas de que el hombre debe guardarse y que no le entren en la boca. El pesce grande salado ranciado, y el queso salado viejo, los hongos y criadillas de tierra, la carne salada ranciosa, el vino mosto, el manjar lacio, y todo género de comida que huele mal, o es muy amarga; todo esto es veneno para el cuerpo. Otras hay que son menos perjudiciales y puede el hombre comer dellas en poca cantidad en discurso de mucho tiempo... Y como todos estos géneros susodichos son perniciosos, en el verano de ninguna suerte lo use; y en el invierno sí, mas muy poco...

(Tratado)

y lo principal que hago es... dejarle comer de lo que imagino que le conviene, y... quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así, mandé quitar... el plato del otro manjar... por ser demasiadamente caliente y tener muchas especies, que acrecientan la sed... Esas (unas perdices asadas y sazonadas) no comerá el señor gobernador... y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados, porque es manjar peliagudo. De aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aún se pudiera probar... Absit... vaya lejos de nosotros tal pensamiento; no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida... y la razón es porque siempre, y a cualquiera y de quienquiera, son más estimadas las medicinas simples que las compuestas...

(Quijote)

No parece suficiente motivo la anonimidad del *Lazarillo de Tormes*, para suponerle un probable origen judío. Ni la nota esencial en la obrita me parece que pueda ser la "violenta" crítica social. El *Lazarillo* estimo que no es "violento", ni amargo, ni desesperado, en última instancia. El origen judío de Luis Vives, juzgado por los hechos externos, sí parece en cambio más que probable. A pesar de que tampoco Vives me parece que carezca por completo de la "alegría" de los hombres del Renacimiento. Con su "aire encapotado de asceta gruñón", escribe: "¿Cómo es el cuerpo? Unos le han llamado sepulcro; otros, cárcel. Yo creo que con más propiedad pudiera calificarse de sentina asquerosa de un barco o de cloaca ruinoso..."; pero este "asceta gruñón" escribe también, más templadamente: "No del todo hemos de menospreciar el cuerpo... la limpieza del cuerpo, sin regalos ni refinamientos, ayuda al ingenio y a la salud; la suciedad ocasiona el encogimiento y la suciedad enfermedad" (*Introducción a la Sabiduría*). La diferencia entre ambos textos sugiere que se trata, en uno y otro, más de un "lugar común", aunque el término no me complazca, que de la expresión de una personal vivencia. Lo mismo cabría decir de este pasaje, nada gruñón: "La risa es una manifestación de la alegría; pero es también argumento de sensibilidad, puesto que el que se ríe, demuestra que se ha emocionado. Y aquellos que nunca se rien, como cuentan de Craso y otros, es porque, según Plinio, son de alma rígida e inflexible, de carácter y naturaleza torva, que les han hecho perder los sentimientos humanos." (Este pasaje procede del tratado de "Concordia y discordia", es decir del mismo libro en que figura la imagen del cuerpo como una "sentina asquerosa", etc.) Más fe que estos textos, en cuanto a su sinceridad vital, me proporcionarían los *Diálogos*, escritos por Vives el año anterior a su muerte, y en los que se expresa con menos preocupaciones doctrinales: "—Más, ¿qué hace nuestro Vives?— Dicen

que lucha, pero no a fuer de buen luchador. —¿Cómo así?— Porque siempre lucha, pero con poco valor. —¿Con quién? —Con su mal de gota. —Oh luchador traidor que primero tiras a los pies . . .” Este pasaje, en que Vives bromea tan donosamente sobre su propia dolencia, no se aviene bien con un temperamento huraño (aunque, de paso, muestra que “sería de un muy ingenuo positivismo explicar su enemistad contra la vida por la gota y el artritisismo”, como dice Américo Castro).

Sin duda, por ser sobradamente conocida, no ha citado el autor, al hablar del “tema de la huída del mundo”, la oda de Fray Luis: “Qué descansada vida . . .” Y, sin embargo, y puesto que cita en otro lugar la que comienza “¿Cuándo será que pueda/libre de esta prisión volar al cielo . . .”, no hubiera estado de más citar aquélla también; sobre todo, porque el sentimiento de huída del mundo, que era cosa muy distinta para Horacio y para Fray Luis, está expresado, sin embargo, por éste, en una paráfrasis del lírico latino. Lo que sería una buena muestra del tacto con que hay que proceder al hablar de “fuentes”.

VICENTE GAOS